

# Querido Diario:

Marcela Guijosa

**A**cabo de leer la última novela de Berta Hiriart. Está padrísima, muy divertida y al mismo tiempo muy crítica, muy terrible. Se llama *Los años siguientes*. Qué raro título. ¿Los años siguientes a qué, los años que siguieron después de qué? ¿Cuál es el acontecimiento central? Han de ser los años siguientes a la vida en esa comuna... Aunque pensándolo bien, todos los años de nuestra vida son los años siguientes.

Y al ir leyendo la novela de Berta se me viene encima un mundo de resonancias personales. Me identifico con tantas cosas. Cómo, sin conocernos, tuvimos experiencias tan parecidas. La historia nos marcó. Ni modo: nos tocó ser de la misma generación.

Porque en los años siguientes a esa nuestra infancia a ratos tan disfrutada, pero a ratos más bien padecida bajo el autoritarismo familiar y social mexicano, no nos quedó más remedio que irnos convirtiendo en rebeldes libertarias.

Yo, a los quince años, aún obedecía a mi madre. Aunque a regañadientes, el gran día acepté ir al salón de belleza y soporté los tubos bajo la campana secadora y el crepé y la goma-laca. Me puse el vestido de brocado azul celeste elegido por ella y las medias y los tacones inexpertos. Mi pequeña venganza, que yo sentí grandísima, fue que, después de la misa y el tedéum, elegí un disco con un modernísimo twist para bailarlo en el centro de la sala con mi padre porque los valeses qué cursilería.

Los años siguientes, cuando tenía dieciocho, usaba sacos enormes, más largos que la minifalda que traía debajo, y me ponía medias blancas y zapatos chatos y gruesos. Fumaba, decía groserías y usaba el pelo cortísimo. Todo lo que yo necesitaba era amor. Oía a los Bea-



Rotmi Enciso

bles y me quería parecer a Twiggy y a Mia Farrow, qué buena onda, no a mi madre ni a mis tías, tan modosas y abnegadas, qué mala onda, tan gormondias, con sus collares de perlas.

A los veinte, con nuestro morral y nuestros huaraches, cantábamos a Machado con Serrat y ya habíamos descubierto a los Folkloristas y a Atahualpa Yupanqui. Nos percatamos de que México estaba en Latinoamérica y creíamos que el pueblo, unido, jamás sería vencido, a pesar de Tlatelolco, y continuábamos con el puño en alto haciéndole preguntitas revolucionarias a Dios y a todos los patriarcas.

A los veinticinco, te quiero en mi paraíso. Casadas o sin casar, nos fuimos a vivir a

una comuna. Que viva el amor libre, que mueran los pequeñoburgueses y la iglesia que se llama comedor, que muera la propiedad privada. Que vivan los estudiantes, que vivan la filosofía y la antropología y la sociología. En la comuna de Berta-Yari, la reunión es de artistas. En la mía nos sentíamos científicos sociales. En ambas éramos intelectuales comprometidos y revolucionarios. Heroicos. Éramos la sal de la tierra y la luz del mundo, éramos la neta del planeta: estábamos acabando con la sociedad enferma, sembrando las semillas para un futuro mejor y haciendo la revolución de otra manera, (porque eso sí, compañeros, recuerden que lo personal es político y perdóname maestro, pero la guerrilla no es nuestra línea). En ambas comunidades aprendimos la felicidad de compartir el dinero y la casa, la comida y los trastes, los quehaceres, las broncas y el amor. Y en los años siguientes, lenta pero inexorablemente fuimos aprendiendo, también, con un enorme y asombrado sufrimiento, cómo ganan las pasiones de los individuos, y cómo siempre hay unos más vivos que otros y cómo no todo mundo trabaja igual ni entiende la justicia o el amor de la misma manera...

Y en los años siguientes fuimos aprendiendo a reconstruir y reacomodar las utopías rotas.

Y en los años siguientes fuimos a terapia psicoanalítica.

Y en los años siguientes tuvimos que ponernos a rescatar lo que se nos había perdido y tuvimos que bajarle a nuestra soberbia y tuvimos que aceptar que no éramos perfectas.

A los cincuenta, ni vencidas ni resignadas, sin tanta ingenuidad y sin tanta solemnidad, empezamos a envejecer. Somos señoras, pero no muy aseñoradas. Algunas nos teñimos el pelo, algunas no. Seguimos trabajando. Seguimos oyendo nuestros discos de Mercedes Sosa, de Bob Dylan o de John Lennon. Seguimos desconfiando de la propiedad privada, aunque tengamos nuestro coche y nuestra casa. Nos pone-

mos el huipil y los jeans y los suecos, y jamás usaremos el collar de perlas. Tenemos sala y comedor, pero no son territorios sacrosantos, y nuestros hijos están bastante desadaptados en este mundo corrupto, pero son capaces de disentir, de pelear, de ser ellos mismos. Y frecuentemente nuestra casa se llena de gente y vienen los cuates y los hijos y los cuates de los hijos y los nietos y la verdad hasta parece comuna, oye... Y a ratos esto de jugar a la vida nos sigue doliendo y nos acordamos de los que cayeron en la batalla, y analizamos, y recordamos, y tratamos de entender, y seguimos imaginando un futuro mejor, y escribimos, como escribe Yari, como escribirá Berta Hiriart en *Los Años Siguietes...* "El problema ahora es armar el rompecabezas, hallar el sentido de cada fragmento por el lugar que ocupa en el conjunto. De modo que aquí estoy: otra vez despierta antes que los pájaros. El sol ilumina los jardines de las casas vecinas. Me doy cuenta de que a pesar de los largos años de habitar la torre, nunca había mirado, lo que se dice mirar, los jardines con sus duraznos y sus cedros. ¿Serán cedros? Desconozco el universo de los árboles. El prolongado y salvaje esfuerzo por desaparecer los ángulos oscuros de la vida apenas me ha dejado tiempo para algo más. Sin embargo, se me ocurre que tal vez nos correspondía realizar justo la tarea que ocupó nuestra juventud, sólo que al igual que los árboles y la gente estaba destinada a crecer y a morir..." \* 

\* Berta Hiriart, *Los Años Siguietes*. Colección **Los Cincuenta**. CONACULTA-Instituto de Cultura de San Luis Potosí, México, 2000.



Rotmi Enciso